

ENTREVISTA A OSVALDO BOSSI

CARLOS BATTILANA: *¿Se le puede asignar alguna función a la poesía?*

OSVALDO BOSSI: Creo que sí. De algún modo todos los poetas lo hacen, consciente o inconscientemente. En mi caso, cuando me apuran con este tipo de preguntas, digo que la única función que le reconozco es la función estética, aunque en el medio se desbarranquen otras expectativas, otras ilusiones con respecto a la palabra. Y a la vez creo que no; como si en este “motivo” se encontraran encerrados los otros -personales, morales, políticos- más allá de nuestras intenciones “puristas” de erradicarlos, o “sociales” de incluirlos.

C.B.: *¿De qué modo ocurre el poema en tu escritura? ¿Es producto de un proceso de elaboraciones sucesivas, de un proceso de corrección, de una escritura que no admite correcciones?*

O.B.: Ocurre, como bien decís, de manera poco voluntaria, en el sentido que no depende exclusivamente de mí sino de esa clase de coincidencias, de accidentes, que ponen en funcionamiento algún tipo de lenguaje que podríamos llamar *poético*. Lo demás es estar preparado; interferir lo menos posible para que la experiencia pase por nosotros y entonces sí, ya afuera, relumbre; sin las presunciones, las especulaciones del yo. Una predisposición al abandono, a la receptividad de tal experiencia que privilegie lo espontáneo por un lado, y por el otro, en cambio, una suerte de vigilancia continua, severa si se quiere y, al mismo tiempo, capaz de cerrar los ojos o de abrirlos de acuerdo a la irrupción de imprevistas necesidades.

El primer borrador, por lo tanto -siguiendo con este criterio de cacería- debe poseer de primera todas las cualidades que determinarían a este, cómo llamarlo, extraordinario botín. Después viene el trabajo de traer a la luz ese objeto sin que pierda sus cualidades nocturnas. Por lo tanto corrijo, no sé si mucho, pero sí con sumo cuidado, tratando de equilibrar esos dos extremos fatales que son el espontaneísmo y la perfección.

Para evitar esta última, dejo pasar por alto algunas cosas que estarían, por así decirlo, fuera de mi dominio; aunque sea yo, como último colaborador, el que decide su participación o no en el poema.

C.B.: *¿Es posible establecer algún vínculo entre la escritura de un poema y la voz?*

O.B.: Considero que sí. Incluso, la poesía que más me interesa es la que pone en evidencia ese vínculo, lo trabaja conscientemente, a riesgo de poner en escena su negación; jugando, extremando si se quiere, las nociones de verdad y mentira que acechan ese instrumento imaginario. La voz, que podríamos llamar en línea generales “el alma del poema”, si alcanza alguna forma de existencia es a partir -como ocurre, por otro lado, con toda alma- de su materialización. Y, tratándose de poemas, la única materialidad que conozco es la del lenguaje. La intervención del poeta, entre una parte y la otra, es importantísima, pero, paradójicamente, no debe notarse ni verse.

C.B.: *¿Podés reconocer algunos autores que gravitaron en tu formación?*

O.B.: Mis lecturas, que comenzaron en la adolescencia, fueron desprolijas, erráticas. Tardaba mucho en leer algo que podría ser considerado “valioso” en la formación de un escritor o, todo lo contrario, se me aparecía de forma inesperada, enseguida. Soy, para decirlo de una buena vez, autodidacta, con todas las taras y los privilegios que esta formación, evidentemente caprichosa e intuitiva, acarrea. Me dejé guiar por esa suerte de ceguera luminosa, y descubrí en el medio, más allá del espejismo que significaba el encuentro con otros autores, algo, otra cosa, a mi entender mucho más importante que el mero deslumbramiento por el nombre, y que fue la belleza en sí, la realidad en sí del lenguaje, junto con la posibilidad de habitar este mundo de una manera más plena.

Pero volviendo a las influencias, algunas -quizás sean las más importantes- son inconfesables; otras, más prestigiosas, podrían ser incluidas sin temor en un cuestionario como éste: Borges, muy al

principio, y después Cernuda. Los nexos entre uno y otro pueden parecer, a primera vista, insalvables, y sin embargo en mí esas imágenes conviven perfectamente.

C.B.: *En el caso de tu último libro, fiel a una sombra, hay una apelación explícita a la tradición literaria. ¿Por qué esa elección? ¿Qué reelaboraciones hacés de ella y qué productividad tiene en la experiencia literaria y/o personal?*

O.B.: Cuando salí de mi “cueva” y me encontré con otros poetas de mi generación y algunos más jóvenes, ya era demasiado tarde: ellos, en su gran mayoría, habían estado en una parte del mundo y yo en otra. No detallaré las discrepancias biográficas, personales; creo que con las literarias alcanza. Ellos venían, como bien lo señalaban enfáticamente, del rock, y yo, en cambio, no de los límites de una biblioteca real -porque no la tenía- sino de un amor algo exagerado por la literatura.

En *fiel a una sombra*, la alusión al príncipe de Dinamarca, Hamlet, para darte un ejemplo concreto, no es, como podría suponerse, literaria sino anecdótica. Quiero decir, en ningún momento apelé, al menos directamente, al texto prestigioso, sino a los relámpagos de una memoria atrapada por los fogonazos de un simple recuerdo: la representación que de Hamlet, junto con un grupo animados de amigos, hicimos hace mucho tiempo en una biblioteca de barrio. Como verás, nada más emotivo y baladí. Esto en una primera instancia; después, o simultáneamente, se agregaron otras: el súbito despertar que esos símbolos suscitaron en mi imaginación; la lectura, que sin saberlo, estaba haciendo de mi dudoso y atormentado personaje por aquellos años; el recuerdo, como un extraño sentimiento de borrachera, que dejaron aquellos diálogos, aquellos inolvidables y sin embargo olvidados parlamentos que retumbaron en mis oídos entonces, y ahora, más allá de sus máscaras... En fin, hasta un poema de Marina Tsvietáieva podría agregar, en el caso de que fuera necesario profundizar los alcances de aquella experiencia.. Lo cierto es que en ningún momento me detuve en la calidad, en el prestigio del texto shakespeareano en sí, sino en esas cosas vagas, imprevisibles, que determinan a la larga -o no- la escritura de un poema. Quizás el hecho de ser autodidacta, no tener una estricta conciencia del canon, me haya jugado a favor en el instante de decidirlo.

- C.B.:** *¿Cómo surgió el universo temático y formal de tus dos libros publicados? ¿Cómo fue el proceso de elaboración y configuración de los textos?*
- O.B.:** El universo temático, como vos lo llamás, quizás surge de la necesidad de marcar los límites entre las vagas presunciones de una realidad personal y el mundo, lo más lúcidamente posible; aunque en el camino me encontrara con otras cosas, otras verdades quizás, que si bien no estaban previstas, formaban parte de una búsqueda primordial -en el sentido de instalar, a partir de esas primeras representaciones del lenguaje, ciertos temas que yo pensaba excluidos de la literatura. Pura egolatría, si se quiere, pero me sirvió. Fue la espléndida carnada, el anzuelo, y yo lo piqué gozosamente. Después vendría lo demás. Ajustar ese impulso vital a otra cosa, como si a la larga y muy a mi pesar, yo fuera descubriendo el adagio de Stevens que dice: el tema es el poema. Y en el tema, las posibilidades de la lírica aquí y ahora, pese a las furias encarnizadas que desata esta palabra entre los poetas de mi generación. Lo mío no es el anacronismo deliberado de Pierre Menard, sino el deseo de rescatar, a través del tiempo, el esplendor -a veces sencillo y a veces no- de algunas palabras, y que éstas, a su vez, estén tocadas por cierta experiencia en particular. Experiencia, que a esta altura por otra parte, ya no siento mía, sino de otra cosa que, para simplificar, llamaré lenguaje, a secas.